

FINIS CORONAT OPUS.

Hasta aquí escribió el cronista muzárabe, cuya relación hemos seguido fidelísimamente, puesto que mucho nos haya dado que hacer con su pesadez y su monotonía, y más que todo con la mala letra gótica en que hemos hallado escritos sus pergaminos.

Gran trabajo nos ha costado también y mucho el trajojar, y compulsar, y revolver libros por acá y por allá y el recoger detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que han figurado en esta crónica.

La princesa doña Petronila, que á la sazón contaba dos años de edad, quedó bajo la tutela del conde don Berenguer de Barcelona, después de tratado con éste que contraería matrimonio con ella en tiempo oportuno.

Y con efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España y por todo el mundo el rey don Berenguer y la reina doña Petronila: hombre aquel de gran valor y cordura, modelo ésta de esposas y de reinas.

Aragon y Cataluña juntos por enlace tan feliz, formaron aquel poderoso estado que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

Don Ramiro vivió en San Pedro el viejo, y con muy santa vida el resto de sus años.

Allí, entre las columnas del sombrío claustro, ó en las lóbregas capillas enclavadas en él, ó en el cercano cementerio de los muzárabes, se irían apagando poco á poco sus pensamientos de amor y sus recuerdos de doña Inés y del mundo.

Y si Dios no quiso quitar de su corazón los remordimientos, al menos es imposible que en algo no los templase aquella mansión devota, donde todo respira penitencia y todo impone al alma resignación y silencio.

Allí sentiría acortarse de instante en instante su fantasía, secarse de momento en momento su corazón, y fuerza es que al morir su fantasía murieran cuando menos sus temores vanos, y que al agotarse su corazón fueran desapareciendo en él los continuos dolores que antes padecía.

Y á quién sabe si le alentaría á llevar con resignación su infortunio el recuerdo por todas partes escrito en las piedras del muro y en las losas del pavimento, de los infelices cristianos que allí iban

á llorar su cautividad y miseria en los dias que poseyeron á Huesca los sectarios del Islamismo. Como Dios les favoreció al fin á aquellos sacándolos de las manos de los infieles, podia favorecerle á él librándole del peso de su vida antigua.

Murió al fin; murió don Ramiro sepultado entre aquellas piedras de San Pedro el viejo, sin que nadie pueda decir cuáles fueron sus postreras palabras, ni sus esperanzas postreras, ni á quién iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente; ni el último de los suspiros que por humano sentimiento salió de sus labios. Sus hermanos recogieron su cadáver envuelto en bayetas y con el silicio puesto todavía, y vaciaron el sepulcro de un héroe romano hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio; y dentro de él lo depositaron. Allí ha permanecido olvidado por muchos siglos, hasta nuestros años, en que los versos inmortales de un gran poeta y la humilde prosa mia se han ocupado en dibujar su persona.

De su esposa doña Inés se sabe que vivió muy santamente lo que le quedó de vida, sin olvidar un momento á su esposo; mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar curó de sus heridas y se casó con Castana, segun consta de unas viejas escrituras, heredándolos los reyes muy razonablemente, segun la promesa de doña Inés. Y cuéntase que Aznar fué famoso entre los almogávares por su valor, y aun, segun algunos, por su crueldad, y que dejó muchos hijos que no desmintieron del padre, los cuales en-

gendraron á otros que fueron de los mas nombrados en las campañas de Italia y en la expedicion á Oriente contra turcos y griegos. Mas conviene saber que Aznar, á pesar de su crueldad, trató amorosísimamente toda su vida á Castana, y que ésta fué tan feliz como él, como merecia serlo.

Del fin de Fortuñon y los demas almogávares nada hemos podido averiguar, aunque es de creer que perecieran, como casi todos los de su laya, en alguna lid contra moros, ó despeñados por algun precipicio, ó enterrados en la nieve de la montaña. Ni tampoco hemos llegado á saber cosa alguna del buen monje Gaufrido, al qual sacarian sin duda del zaquizami donde le metió Aznar, tan en contra de su voluntad, y volveria de nuevo á su convento, fiándose menos que solia de persona que le llamase para ejercitar sus letras, y casi nos atrevemos á asegurar que en muchas ocasiones recordaria la escena con el almogávar echando á un tiempo de menos algun diente de los que le saltaron al golpe tremendo que recibió, y aquellos sueldos jaqueses tan prometidos como mal pagados.

Pedro Fivallé tuvo un descendiente harto mas atrevido que él, y que ha dejado memoria en Cataluña de esforzadísimo patricio.

Del abad de Mont-Aragon, algo tambien se ha de decir, que puesto que no sea personaje muy importante de esta historia, la fortuna nos favoreció deparándonos el hallazgo de una hoja suelta en pergamino, que contiene curiosas noticias. El hallazgo fué en una tarde del último Setiembre, en la

cual andaba yo visitando, en compañía de un cierto amigo mio las ruinas de Mont-Aragon. Debajo de una gran torre de piedra, que permanece intacta y que al parecer sirvió de campanario, hay una habitacion que debió ser la sacristía, con labores góticas de buen gusto.

Picóme la curiosidad aquella sacristía, y mas las labores, porque la iglesia, aunque tan antigua, como restaurada despues en tiempos de gran corrupcion, no muestra cosa alguna respetable y digna de atencion por su antigüedad ó por su mérito artístico.

Entramos en la sacristía, no sin gran dificultad, porque estaba á medio tapiar y llena de escombros, y de entre ellos alzó mi amigo, que no yo, la hoja á que me refiero, desprendida sin duda de algun librote que por allí anduvo.

En aquella hoja se contaba que en el año no sé cuántos, porque estaba muy borroso, de la era de Mont-Aragon, estuvo el rey don Ramiro á confesarse y recibió la absolucion de mano del santo prelado Fortunón, abad de la casa; y que en éste hizo tanta impresion aquella conferencia, que mientras le duró la vida no dejó de arrodillarse un solo dia en el claustro á la propia hora en que se verificó, orando muy devotamente por la salvacion del rey monje.

¡Dios haya oído al santo prelado!

FIN.

CAPITULO VII.—Que sirve para dar tiempo al

*J. R.*

1-36-92.

INDICE.

INTRODUCCION..... 1

CAPITULO PRIMERO.—Que trata de una famosa ceremonia que se celebró en Huesca en el dozyavo siglo de nuestra era..... 13

CAPITULO II.—Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso..... 13

CAPITULO III.—Que doña Inés de Poitiers se halló cuando menos lo pensaba con que ni era casada, siéndolo; ni viuda, puesto que no lo era; ni soltera puesto que habia dejado de serlo..... 24

CAPITULO IV.—Donde se da cuenta de cierta expedicion que hizo un monje benito á un monasterio, para acallar escrúpulos de su conciencia..... 36

CAPITULO V.—Que no hace mas sino proseguir la materia del anterior..... 46

CAPITULO VI.—Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes..... 57

CAPITULO VII.—De una plática sentencial que pasó entre el rey don Ramiro, de buena memoria, y la reina doña Inés de Poitiers..... 66

CAPITULO VIII.—Que sirve para dar tiempo al

INDICE

tiempo y ocasión á que vengán otros inauditos sucesos. . . . . 123

CAPITULO IX.—Donde se vé que los ricos hombres de aquella edad no eran tan bien sufridos como estos que andan ahora. . . . . 128

CAPITULO X.—De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos. . . . . 131

CAPITULO XI.—Donde comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero don Ramiro de Aragon, y su escudero Aznar Garcés. . . . . 132

CAPITULO XII.—Que es si no de los mas largos, de los mas singulares que haya en esta historia. . . . . 142

CAPITULO XIII.—Muéstranse en él, tan bien como en cualquier libro de filosofía, algunas cosas raras del espíritu humano. . . . . 149

CAPITULO XIV.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla, que no fuera para creída si de tan autorizado conducto no nos viniera, como es el cronista de esta historia. . . . . 130

CAPITULO XV.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas. . . . . 144

CAPITULO XVI.—Donde se preparan y entreveen muy de antemano los sucesos que andando capitulos han de poner fin á esta historia. . . . . 155

CAPITULO XVII.—Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada. . . . . 166

CAPITULO XVIII.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas que le daban las mujeres. . . . . 178

CAPITULO XIX.—Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido. . . . . 187

CAPITULO XX.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se

INDICE

aclaran sucesos no bien esplicados hasta ahora. . . . . 197

CAPITULO XXI.—El cual seria de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si el cronista de esta historia hubiera sabido de mejor manera relatarlo. . . . . 208

CAPITULO XXII.—Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apóyoy ejemplo. . . . . 219

CAPITULO XXIII.—Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba estuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca. . . . . 227

CAPITULO XXIV.—Que trata principalmente de cosas místicas: es notable por ser el último de todos. . . . . 237

FINIS CORONAT OPUS. . . . . 244

CAPITULO XIV.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla, que no fuera para creída si de tan autorizado conducto no nos viniera, como es el cronista de esta historia. . . . . 130

CAPITULO XV.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas. . . . . 144

CAPITULO XVI.—Donde se preparan y entreveen muy de antemano los sucesos que andando capitulos han de poner fin á esta historia. . . . . 155

CAPITULO XVII.—Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada. . . . . 166

CAPITULO XVIII.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas que le daban las mujeres. . . . . 178

CAPITULO XIX.—Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido. . . . . 187

CAPITULO XX.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se



